

ALBERTO CASAÑAL SHAKERY

LA PAGA DE ALIVIO

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO



SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

1918

LA PAGA DE ALIVIO

Esta obra es propiedad del autor.

Los representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction, réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

ALBERTO CASAÑAL SHAKERŲ

LA PAGA DE ALIVIO

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO

Estrenado en el TEATRO INFANTA ISABEL de Madrid
el 18 de Febrero de 1918



ZARAGOZA

Tipografía de G. Casañal, Coso, 96 y 98

1918

Al ilustre aragonés

Don Basilio Paraíso

A V. queridísimo D. Basilio, por gratitud y por afecto inextinguibles, dedico este juguete ya que, como funcionario del Estado que soy (gracias a su generosa protección) cobré en Diciembre último una "paga de alivio,, que, dicho sea en confianza, me vino como pedrada en ojo de boticario.

Casañal.

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

| | |
|--------------------|---------------------|
| PAQUITA..... | CARMEN CACHET. |
| DOÑA DOROTEA..... | MARÍA BRU. |
| CIRILA..... | MAGDALENA ABRINES. |
| DON TIBURCIO | FRANCISCO ALARCÓN. |
| PEPE | ALEJANDRO MAXIMINO. |
| GILITO | ANTONIO ESTÉVEZ. |
| UN CHICO | ENRIQUE NAVAS (h.) |
| UN MOZO..... | ENRIQUE ECHAVARRÍA. |

Indicaciones del lado del actor.



ACTO ÚNICO

Una sala muy modesta, con puertas al foro y laterales. En el centro una mesa camilla. Los muebles, deteriorados por el uso, indican que sus dueños han vivido, en tiempos lejanos, con más holgura.

D. TIBURCIO y GILITO

Don Tiburcio lee un periódico sentado junto a la mesa. Gilito se está rasurando frente a un espejo de poquísimo tamaño que habrá colgado en la pared. Sobre una silla una palangana con agua y una toalla. Está en mangas de camisa; sin cuello ni puños.

Don Tiburcio. (Leyendo). «Ha fallecido de una lesión en el pulmón el célebre banquero de Londres, Don...» ¡Qué bien redactado está este sueltecito! «Don César Weriwell. Deja una fortuna fabulosa».

Gilito. (Cantando). Agua que no has de beber déjala correr...

Don Tiburcio. (Leyendo). «Se calcula su renta en más de veinte libras esterlinas por minuto». ¡Qué animal! No me cabe en la cabeza que se pueda tener tanto dinero. Concibo que un hombre laborioso y ahorrador pueda disponer, en un momento dado, de nueve o diez pesetas. ¡Pero de más de veinte libras!... Es maravilloso. Veinte libras no creo que las tenga nadie. Ni aún los toros de Palha.

Gilito. (Gritando). Aaay!...

Don Tiburcio. ¿Otra vez te has cortado?

Gilito. Esto no es una navaja; es un cuchillo cabritero.

Don Tiburcio. Pues cuando la compré en París, el año ochenta y cinco, iba como una seda. Lo que hay es que somos cinco para usarla.

Gilito. ¿Cinco?

Don Tiburcio. Ve contando. Tú, yo, mi yerno, tu hermana y mi mujer.

Gilito. ¡Qué gracia! ¡También Paquita y la mamá!

Don Tiburcio. Claro que no la emplean para rasurarse, porque a cutis fino y delicado se pueden apostar con la Pastora Imperio. Pero la utilizan para partir las astillas del fogón y para capolar albondiguillas los días que repican gordo.

Gilito. Pues yo no me afeito más con ella. O se compra otra o se llama al barbero.

Don Tiburcio. ¿Qué dices, desdichado? ¿Sabes tú cuánto suma el gasto semanal de barbería para tres personas? Pues nueve perras grandes. ¿Te enteras? Nueve perras grandes que puestas una encima de otra no se ven, pero colocadas en hilera se pierden de vista. Nueve perras gordas, hijo mío, en los tiempos que corren, no son nada para un diputado o un obispo, pero son una fortuna inmensa para tu cuñado que nos mantiene a todos; para ese pobre Pepe que es un simple... Ya he perdido el hilo del discurso. ¿Dónde iba?

Gilito. En mi cuñado, que es un simple.

Don Tiburcio. Justo. Para ese pobre Pepe que es un simple empleadillo del Estado con dos mil pesetas nominales y veinte o treinta

duros efectivos. El barbero, es un lujo que sólo pueden permitirse los ministros y los consejeros de la Tabacalera, que necesitan que alguien los afeite para tener ellos más tiempo de afeitarse a los demás... Y a propósito de la Tabacalera ¿llevas un pitillo?

Gilito. Tabaco suelto nada más.

Don Tiburcio. Venga.

Gilito. Ponga usted las manos... (Vuelve el bolsillo de la americana del revés y deposita en las manos de su padre los míseros residuos de una cajetilla).

Don Tiburcio. ¡Qué esplendidez la tuya! Te he pedido tabaco y me das de todo: migas, pelos, huesos de aceitunas y algodón hidrófilo. Eres un buen hijo. ¿Me das un papelito?

Gilito. (Entregándole un papel de fumar completamente arrugado). El último.

Don Tiburcio. Mala cara tiene...

Gilito. Es *zis-zás*.

Don Tiburcio. Ya, ya veo que has jugado con él a la pelota. Pero, en fin, más arrugada está mi Dorotea y cumple su misión perfectamente. (Mientras hace el pitillo, lee el periódico que dejó sobre la mesa).

Gilito. (Canta). Agua que no has de beber
déjala correr...

Don Tiburcio. (Leyendo). «La distinguida señora doña Paz Jinojo...»

DOÑA DOROTEA, por la izquierda. Con mantilla.

Doña Dorotea. (A D. Tiburcio). Cuando gustes.

Don Tiburcio. Pronto te has vestido.

Doña Dorotea. Me explico tu extrañeza. Cuando me conociste, nadie me quitaba tres horas de tocador antes de salir de casa. La hija

del eminente cirujano, a la par que dramaturgo y cosechero, D. Hipócrates Tirso de la Parra, fué en sus tiempos felices modelo de elegancia y de buen tono...

Don Tiburcio. En Torrejón de las Lechuzas.

Doña Dorotea. Justo. En Torrejón de las Lechuzas, donde viví en mi juventud con el mismo boato que una emperatriz. Yo implanté en Torrejón la moda de los miriñaques. Y yo fuí la primera que, al recibirse la noticia de la toma de Tetuán, se presentó en la Casa Ayuntamiento con sombrero «canotier» y polisón.

Don Tiburcio. ¡Dorotea, por Dios, no me recuerdes cosas tristes!...

Doña Dorotea. Imposible parece que sea lo que soy después de haber sido lo que fuí. ¿Dónde han ido mis «toilettes» y mis joyas?

Gilito. A la casa de empeños de la esquina.

Doña Dorotea. ¿Qué fué de mis carrozas y caballos?

Don Tiburcio.

«¿Qué se hizo del rey D. Juan?

¿Los infantes de Aragón

qué se hicieron?»

Doña Dorotea. La hija de D. Hipócrates Tirso de la Parra...

Gilito. Eminente cirujano a la par que dramaturgo y cosechero...

Doña Dorotea. La hija de aquel ilustre prócer, hoy no tiene en su ropero nada más que este traje de lanilla que lo usa para todo... Con él me acuesto; con él me levanto...

Don Tiburcio.

«Con la Virgen Santísima
y el Espíritu Santo».

Doña Dorotea. ¡No te burles, Tiburcio!...
¡No excites más mis nervios!

Gilito. Tiene razón mamá. Cualquier fregona viste mejor que ella...

Don Tiburcio. No lo niego. Y si en mí consistiese, bien sabe Dios que llevaría ligas de «moiré» con broches de oro, en vez de las dos cochinas trenzaderas que ahora gasta. Pero ¿tengo yo la culpa de lo que sucede?

Doña Dorotea. No. No te culpo a tí, Tiburcio mío. Tú eres honrado y generoso. Tú no has cometido nunca más pecado que el de fugarte, días después de nuestra boda, con una bailarina...

Don Tiburcio. Dorotea ¡que está el chico delante!

Gilito. No se alarme usted, papá. Soy algo sordo.

Doña Dorotea. La culpa es, solamente, de mi yerno...

Don Tiburcio. Protesto. Pepe no puede hacer más de lo que hace. Cuenta que es un simple oficial inamovible con dos mil pesetas.

Doña Dorotea. Pues que busque, que intrigue, que se mueva...

Don Tiburcio. Pero ¡cómo se va a mover si te digo que es inamovible!...

Gilito. (Gritando). Aaay!

Don Tiburcio. ¿Otra cortadita?

Gilito. ¡Naturaca! El chiste que nos acaba usted de colocar es de los que hacen sangre.

Doña Dorotea. Pues bien, Tiburcio. Sea o no ese desdichado el autor de tamañas desventuras, hágote saber que esta mantilla es la última vez que me la pongo. Mira. (Mete el puño por un agujero de la mantilla).

Don Tiburcio. Sí que es un agujero regular.

Doña Dorotea. Pues detrás llevo otro por el que puede pasar, holgadamente, un tren de mercancías.

Don Tiburcio. Ponte unos alfileres para salir del paso.

Doña Dorotea. No los tengo. Voy a que me los deje la criada. ¡Ni alfileres, Tiburcio, ni alfileres!... (Haciendo mutis por la derecha). Es inconcebible que la hija de D. Hipócrates Tirso de la Parra... (Váse).

Gilito. (Se ha concluido de afeitarse y se dispone a lavarse). Me dá lástima oírla.

Don Tiburcio. Y a mí. Pero hay que resignarse. También yo necesito muchas cosas y me paso sin ellas. Mi mayor ilusión es suscribirme a un buen periódico. Y ¡ya ves! me conformo con leer todos los días, para pasar el rato, este número de «La Voz del Practicante», correspondiente al 16 de Octubre del 58.

Gilito. ¡Valor se necesita!...

Don Tiburcio. Fíjate, qué sueltos más interesantes... (Lee). «El Gran Teatro de esta población ha quedado a la altura de los más modernos y mejores, gracias a la reforma del antiguo alumbrado. Son preciosos y de un efecto sorprendente los nuevos quinqués de petróleo adquiridos por la empresa».

Gilito. ¡Hay para morirse!...

Don Tiburcio. Otro. «Un músico italiano, de universal renombre, acaba de inventar un instrumento, llamado a producir una revolución en el arte musical. Se compone de una especie de fuelle, que emite notas graves o agudas según se le encoja o se le estire. Lo ha bautizado con el nombre de «acordeón».

Gilito. ¡Delicioso!

Don Tiburcio. ¡Va el último. «La distinguida esposa del alcalde doña Paz Jinojo, desecho de tienda y cerrado...»

Gilito. ¿Cómo, cómo?

Don Tiburcio. Dispensa. Me he pasado de columna...

PAQUITA, por el foro. Viene de la calle. La acompaña un CHICO de doce o trece años, que trae unos paquetes.

Paquita. Buenas días, hermano. Felices, papaito...

Don Tiburcio. ¿De dónde vienes a estas horas?

Paquita. De comprar.

Gilito. (Con asombro). ¡De comprar!

Don Tiburcio. (Idem). No puede ser...

Paquita. (Al CHICO, que se habrá quedado a la puerta). Pasa, pequeño... Déjalo todo en esa mesa... (El CHICO, entra y obedece). Como estamos en Pascuas, he creído oportuno traer unas cosillas.

Gilito. Pero ¿tienes dinero?

Don Tiburcio. ¿Has heredado?

Gilito. ¿Te ha caído el gordo?

Paquita. Las he dejado a cuenta. Ya se pagarán. Puede que no le sepa bien a Pepe, pero ¿quién no hace en estos días algún extraordinario?

Don Tiburcio. ¡Qué inspiración la tuya!... (Acercándose a la mesa, con intención de curiosear).

Gilito. (Idem). A ver... A ver...

Paquita. ¡Quietos! Si empiezan ustedes a picotearlo todo ¡se acabó! (Al CHICO). Pequeño, ya puedes marcharte... Espera; te daré una propina... (Hace como que busca dinero en los bolsillos). ¡Qué chas-

co! Creí que llevaba un par de reales... ¿Tienes cambio de un billete de mil pesetas?

Chico. No, señora; no llevo cambio na más que pa una perra gorda...

Paquita. (Haciendo guiños a D. TIBURCIO, para que disimule). Papá ¿lleva usted calderilla?

Don Tiburcio. Billetes de setenta y cinco, nada más.

Paquita. Y tú, Gilito ¿llevas algo suelto?

Gilito. (Que se estará poniendo el cuello de la camisa). Sí. El cuello. Ayúdame a ponérmelo.

Paquita. (Al CHICO, mientras ayuda a GILITO). Pues vuélvete más tarde y se te gratificará.

Chico. Con Dios y gracias. (Váse por el foro).

Paquita. No cuesta nada quedar bien. Cuando vuelva, le decís que estoy con una pulmonía y ¡hasta otra!

Don Tiburcio. ¡Qué encanto de chica! Tiene saluciones para todo.

Paquita. (Junto a la mesa). Adivinanza, adivinanza... ¿Qué hay en este paquete? A ver quién es el guapo que lo acierta.

Gilito. Judías.

Paquita. No.

Don Tiburcio. Lechuga.

Paquita. ¡Qué ocurrencia!

Don Tiburcio. Pues es lo único que se me ocurre. ¡Cómo es lo que tomamos hace quince días para desayuno!

Paquita. Es una cosa que se cría en el mar y del hígado se saca un aceite que es muy bueno para los niños.

Gilito. ¡Bacalao!

Don Tiburcio. En el talento se te nota que eres hijo mío.

Gilito. Pues también sé lo que hay en ese otro paquete.

Paquita. ¡A que no!

Gilito. Fideos.

Paquita. ¡Ni que fueses brujo!

Gilito. ¡Tonta, si es que se están saliendo por abajo!...

Don Tiburcio. ¡Fideos! ¡qué alegría! La última vez que los comí fué en un banquete que le dimos a Maura todos sus compañeros cuando acabó el bachillerato.

Paquita. Traigo también lentejas...

Don Tiburcio. ¡Qué gusto!

Paquita. Y avellanas.

Don Tiburcio. ¡Qué ricas!

Gilito. Y aquí, ¿qué hay? (Señalando el mayor de todos los paquetes).

Paquita. Crepé, para el moño de mamá.

Don Tiburcio. ¡Qué rico!... Digo, ¡qué porquería!...

Paquita. (Llamando, desde la derecha). ¡Cirila!... ¡Cirila!...

Don Tiburcio. La verdad es que Dios ahoga pero no aprieta.

Gilito. ¡Al revés te lo digo, para que lo entiendas!

CIRILA, por la derecha. Va muy desgñada y muy sucia.

Cirila. ¿Llaman los señores?

Paquita. Pon todo esto en el aparador de la cocina.

Cirila. ¡Ahí va, cuánta cosa! ¡Hoy sí que van ustés a sacar la tripa de mal año!

Paquita. Que no sepa yo que coges nada...

Cirila. ¡Ay, coger!... Pierda cuidao la siño-

rita... Probe soy, pero naide me gana en este mundo a honradez y a manos limpias. (Las enseñña, tiznadas de carbón).

Paquita. (Ayudándole a coger los paquetes). Sujétalos bien.

Don Tiburcio. ¿Qué apostamos a que se le caen por el camino?

Cirila. ¡Ay, caer!... ¡Apenas si he llevau yo en este mundo pesos más grandes!... Una vez a cinco leguas de mi casa me se murió la burra, y yo solica la cogí y se la llevé a mis padres pa que se despidiesen de ella antes de dale sepultura...

Paquita. Calla, cotorróna.

Cirila. (Marchándose con los paquetes, por la derecha). ¡Como no me se caigan! Ya puén apostase lo que quieran, que no me se cairán... (Tropieza con DOÑA DOROTEA que entra por la misma puerta y se le cae todo).

DOÑA DOROTEA, por la derecha.

Doña Dorotea. ¡Animal!

Don Tiburcio. ¡No lo dije!...

Paquita. ¿Te ha hecho daño, mamá?

Doña Dorotea. Me ha roto la mantilla...

Paquita. ¿No tienes ojos en la cara? (A Cirila).

Cirila. Le diré a la señora... Si me se han caído en la forma que me se han caído, no es que me se haigan caído por mi culpa, me se han caído por...

Paquita. ¡Silencio!... A mí no me replica nadie... ¡Pues no faltaba más!... (Cirila recoge los paquetes del suelo y se va).

PEPE, por el foro, muy contento.

Pepe. ¡Paquita!... ¡Don Tiburcio!... ¡Qué sorpresa les traigo!... ¡Qué alegría más grande!... (Le rodean todos con impaciencia).

Paquita. ¿Una alegría?

Don Tiburcio. ¡Bien venida sea!...

Doña Dorotea. Habla.

Pepe. (Sentándose). Esperen que me calme un poco. La emoción no me deja respirar... ¡Ya es hora de que entre en esta casa un rayo de luz!...

Paquita. ¿Te han ascendido?

Pepe. Acérquese, mamá... Ven tú también, Gilito... ¡Abrázame, Paquita!...

Don Tiburcio. No hay duda... Le ha dado un ataque de *delirium tremens*.

Pepe. ¡Y aún hay quien habla mal de los Gobiernos!... (Enseñando un sobre). Abran los ojos... Miren... (Suena, dentro, dinero).

Todos. ¡Dinero!

Pepe. (A Paquita, entregándole el contenido del sobre). Toma... Ve contando. Un billete... Otro... Otro... Dos duros... Tres pesetas... Y cuarenta céntimos.

Paquita. ¡Ciento sesenta y tres pesetas!

Doña Dorotea. Y pico.

Don Tiburcio. El pico, para una cajetilla.

Pepe. Para todo habrá. Para tabaco. Para salir de trampas. Y para que cada uno de ustedes pueda satisfacer algún capricho.

Gilito. ¡Es incomprensible!...

Paquita. ¿Quién te ha dado esta fortuna?

Pepe. ¡El Gobierno!...

Don Tiburcio. ¡Congrio!...

Pepe. Sí, señor; el Gobierno que ha tenido el rasgo nobilísimo de conceder a sus empleados una gratificación... ¡Una paga de alivio!...

Gilito. ¡Viva el Gobierno!

Todos. ¡Viva!...

Pepe. Guárdala tú, Paquita, hasta que hagamos la distribución... Y ustedes, si algo urgente necesitan, cuenten con ello...

Doña Dorotea. Yerno ¡eres un ángel!...

Don Tiburcio. Deja que te bese...

Paquita. (Contando el dinero). Uno... Dos... Tres...
¡No se acaba nunca de contar!

Pepe. Voy a asearme un poco. Hasta ahora.
(Haciendo mutis por la izquierda). ¡Y pensar que ayer estuve a punto de pegarme un tiro!... Gracias, Dios mío, gracias. (Váse).

Paquita. (A D. Tiburcio y D.^a Dorotea). Ya lo saben ustedes. Si algo les hace falta, concedido.

Doña Dorotea. Ahora mismo, voy a comprar otra mantilla.

Don Tiburcio. Y yo a suscribirme por un año al «Grito del Contribuyente». ¡Muera «La Voz del Practicante»! (Lo rompe).

Doña Dorotea. Me tomaré, también, medida de zapatos.

Don Tiburcio. Y yo de botas. Las que llevo, me han destrozado los juanetes.

Doña Dorotea. Y si encontrara un loro y un canario en buenas condiciones...

Paquita. Cuidadito con tirar mucho de la cuerda...

Doña Dorotea. ¿Dudas de tu madre? Conozco muy bien mi obligación. ¿Vamos, Tiburcio?

Don Tiburcio. (Ofreciéndole el brazo). Vamos, Dorotea.

Paquita. (Dándole un billete a D.^a Dorotea). Cambien este billete. Y lléguese ustedes a la tienda de Toro, Borregón y Compañía a pagar lo que acaban de traer...

Don Tiburcio. (Saliendo por el foro, con su mujer). *Allons.*

Doña Dorotea. En seguida volvemos. (Vánse).

Paquita. (A Gilito que ha quedado aparte muy pensativo y

triste). ¿Y tú no pides nada? Parece que estás preocupado...

Gilito. Sí... ¡Muy preocupado!

Paquita. ¿Estás enfermo?

Gilito. Todavía no. Pero me moriré muy pronto...

Paquita. ¡Gilito!...

Gilito. Lo que oyes... Me dará algún ataque de diabetes sacarina o un cólico biliar, que es cosa mucho más amarga...

Paquita. ¡Qué horror!... Pero ¿por qué?

Gilito. No me atrevo a decírtelo.

Paquita. ¿Vas a tener secretos para mí?

Gilito. Pues bien; te lo diré si me prometes no contarle nada a mi cuñado...

Paquita. Lo prometo.

Gilito. Paquita... hermana mía... ¡he vendido los libros!

Paquita. ¿Qué libros?

Gilito. Los del curso...

Paquita. ¡Virgen de la Soledad!... ¡qué infamia!...

Gilito. Es una acción muy fea, ya lo sé... Pero la hice con buen fin.

Paquita. Con el fin de jugar a la ruleta...

Gilito. No... No fué por eso, te lo juro.

Paquita. ¡No mientas! Dime la verdad y te perdono... ¡Pronto! La verdad...

Gilito. Déjame discurrir un poco... ¡Ah, sí! Veras. Hace unas noches tropecé en la calle con un antiguo compañero de colegio.

Paquita. ¿Quién?

Gilito. No le conoces. Es de Guatemala. Le llamé, se acercó, nos abrazamos, y quieras o no quieras me llevó a su casa. ¡Qué casa, chica!...

Imagínate un cuarto sin puertas, sin ventanas, sin techo, sin paredes... ¡nada!

Paquita. ¡Pobre gente!

Gilito. La lumbre, apagada. El candil, apagado. Allá, sobre unas pieles de conejo, el padre de mi amigo, con la voz apagada también, muriéndose del sarampión...

Paquita. ¡Qué pena!

Gilito. Acullá, en un mísero catre, una infeliz anciana con cuatro criaturas que acababa de dar a luz.

Paquita. Calla, calla... ¡que me dan calofríos!

Gilito. Instintivamente, me eché mano al bolsillo del chaleco... ¡Que si quieres! ¡No llevaba nada!...

Paquita. Eso sí que lo creo.

Gilito. Entonces, una voz misteriosa me gritó: «¡Vende los libros!... ¡Sálvalos!» ¿Qué hubieras hecho tú en mi caso?

Paquita. Lo que hiciste, Gilito... Hubiese sido un cargo de conciencia horrible...

Gilito. ¡A ver!...

Paquita. Nada, nada... No te preocupes... Se comprarán otros... ¿Cuánto necesitas?

Gilito. Diez pesetas.

Paquita. ¡Qué casualidad!... Dos duros llevo sueltos...

Gilito. Espera... Rectifico. No son diez; son quince...

Paquita. Entonces, cambia este billete... (se lo entrega).

Gilito. ¡Paquita!... (Abrazándola). ¡Paquita de mi alma!...

Paquita. Tráeme las vueltas en seguida...

Gilito. No tardo diez minutos...

Paquita. Y júrame que este dinero, que te doy sin que lo sepa mi marido, me lo devolverás en cuanto puedas...

Gilito. El importe de la primera operación quirúrgica que haga cuando me licencie en Medicina, será para tí... ¡no faltaba más!...

Paquita. Pues anda... No perdamos tiempo...

Gilito. (Haciendo mutis por el foro). (Como tenga la suerte de que me repitan tres veces el *seis negro*, hago una fortuna). (Váse).

Paquita. ¡Pobrecillo!... Es más bueno que el pan...

CIRILA, por el foro.

Cirila. Señora... Señorita...

Paquita. ¿Qué?

Cirila. Que ha güelto el aprendiz que vino enantes...

Paquita. ¡Ah!... No se le ha olvidado... Toma. Dale esta pesetilla... (Se la entrega).

Cirila. ¡Qué barbaridá!

Paquita. ¡Quién sabe si tendrá también algún pariente con el sarampión!

Cirila. (Marchándose). (¡No sería yo poco prima si le dara la peseta!... Con una perra tié bastante). (Se retira).

Paquita. (Acariciando el dinero que le queda). Me parece un sueño verme con este dineral... ¡Y poquito bien que voy yo a administrarlo!... Con estos dos duros de pico, voy a comprar la mar de cosas; un sacacorchos, una ensaladera, unos tirantes para Pepe y un biberón por si resultan ciertos mis temores.

CIRILA, por el foro.

Cirila. Loco de contento se ha marchao.

(Se dirige a la puerta de la derecha).

Paquita. No te vayas, Cirila...

Cirila. Como mande.

Paquita. Vamos a ajustar cuentas. Te debo cuatro meses de salario.

Cirila. Sí, señora.

Paquita. A razón de seis pesetas...

Cirila. No, señora. A razón de veinticuatro riales. Las cosas claras...

Paquita. ¿Estas segura?

Cirila. Segurisma. Y a honradez y a manos limpias...

Paquita. Paso por tu palabra. No merece la pena reñir por peseta más o menos.

Cirila. Sí, señora.

Paquita. Cuatro meses, a razón de veinticuatro reales, son... son... (Cuenta con los dedos).

Cirila. Yo se lo diré. Sesenta riales, veinte riales y diez y seis riales más...

Paquita. Exacto. Es lástima que no hayas estudiado una carrera.

Cirila. A sacar cuentas y a saber si un melón es malo u güeno sin abrillo, no hay quien me eche la garra encima.

Paquita. De ese dinero, hay que rebajar las dos pesetas que me pediste el otro día.

Cirila. No, señora. Del salario, no rebajo nada... ¡Ni centímo más, ni centímo menos!

Paquita. ¡Si no se trata del salario!... Esas dos pesetas de descuento son...

Cirila. Si me descuenta usted algo de lo convenido, iremos al juzgao...

Paquita. No seas cabezona...

Cirila. Por menos de veinticuatro riales no sirvo en nengún sitio...

Paquita. ¡Dale bola!... ¿No recuerdas que me pediste el domingo dos pesetas?

Cirila. Pué que se las pidiese. Pero no pa que me las quitase del salario... Del salario, no rebajo nada...

Paquita. Contigo es imposible discutir. Después lo arreglaremos. Voy a hacer unas compras. Al señorito Pepe, si pregunta, dile que vuelvo a escape...

Cirila. Sí, señora... Pero del salario, ya lo sabe... Lo que ajustemos cuando entré...

Paquita. (¡Qué torpe es esta moza!... Tendré que despedirla). (Váse por el foro).

PEPE, por la izquierda. Con pluma y tintero.

Pepe. No hay más remedio que hacer números. Ciento cincuenta y tres pesetas, si no se distribuyen bien, no me resuelven el problema... (Sentándose a la mesa). Ajajá. Aquí, en la camilla, haciéndome la ilusión de que el brasero está encendido, trabajaré divinamente. Dios me inspirará!

Cirila. (Tosiendo, para hacerse notar). Ejem, ejem...

Pepe. ¿Qué haces ahí, Cirila?

Cirila. Se ha marchao la señora.

Pepe. (Distraídamente). Bien.

Cirila. (Después de una pausa, con deseo de entablar conversación). Y me ha encargao que se lo avise.

Pepe. Bueno.

Cirila. Los papás del señor, se han ido tamién.

Pepe. Enterado.

Cirila. Y el señorito Gil, lo mesmo mesmamente.

Pepe. Conforme. Puedes retirarte. (Volviendo a sus preocupaciones). Desde luego reservaré diez duros para imprimir mi opúsculo sobre «Reformas administrativas». ¡Quién sabe si me valdrá un ascenso! (Escribe). Voy a tomar nota.

Cirila. (Con mucha intención). Pocás veces se ha dao este caso.

Pepe. ¿Cuál?

Cirila. Que estemos solos yo y usté.

Pepe. Cierto. (Escribe). «Opúsculo, cincuenta pesetas».

Cirila. Menos mal que el señor es presona seria y de güen juicio.

Pepe. ¿Eh?

Cirila. Masiau sé yo que no se querrá aprovechar de la ocasión...

Pepe. ¡Cirila! (Esta chica es tonta).

Cirila. En Caspe tuve un señorito que en cuanto nos dejaban solos, me hacía unos guiños y unas señas... (Campanilla dentro).

Pepe. Sal a ver quién llama.

Cirila. Claro es que la cosa no seguía alante porque yo sé mu bien lo que me corresponde, y a honradez y...

Pepe. ¡Que abras, te he dicho!

Cirila. Voy.

Pepe. Pareces tonta.

Cirila. (¡Tonta! ¡El, sí que es tonto rematao!... No hi visto hombre más soso en toá mi vida). (Váse por el foro).

Pepe. De los veintitrés duros que sobran, reservaremos dos para carbón. Esta casa, parece una nevera. (Apuntando). «Cisco, diez pesetas».

CIRILA, por el foro, con un papel.

Cirila. (Entregándole el papel). Este papel que ha traído el vigilante.

Pepe. Pidiendo el aguinaldo. Y lo pide en verso, para mayor castigo.

(Lee). «El vigilante nocturno
que pasa la vida en ascuas
le felicita las Pascuas
con perdón del dios Saturno.

¡Qué tendrá que ver el dios Saturno con la vigilancia del barrio!

Cirila. ¿Qué le digo?

Pepe. Dile que vaya a otra parte
y que perdone el dios Marte.

Espera. Conviene no ponerse a mal con él...
Que no está la señora; que se vuelva. (Váse Cirila).
(Vuelve a su tarea). Apuntaré catorce reales para el médico. No se le ha pagado aún la visita que le hizo a mi mujer cuando riñó con la criada...
(Escribe). «Médico, tres cincuenta».

DON TIBURCIO, por el foro, con todo lo que indica el diálogo

Don Tiburcio. No dirás que he tardado.

Pepe. Hola, papá...

Don Tiburcio. Vengo solo. Dorotea está en el comercio de González comprando unas cosillas...

Pepe. (Alarmado). ¿Comprando, dice usted?

Don Tiburcio. Sí. Pequeñeces. Unos alfileres, unos abalorios... Nada.

Pepe. (¡Respiro!).

Don Tiburcio. Yo, contando con tu venia, me he suscrito al «Grito del Contribuyente». Es un capricho de seis reales... ¡Más modesto, imposible!... (Enseña el periódico).

Pepe. Lo anotaré para que no se olvide. «Gritos de papá, una cincuenta».

Don Tiburcio. También he comprado una baraja para hacer solitarios por las noches. Treinta céntimos. Mira qué buena pinta tiene... (La enseña). Las sotas se conocen a una legua.

Pepe. (Escribe). «Baraja, cero quince».

Don Tiburcio. (Sacando un puro habano de una caja). Toma un cigarrito...

Pepe. ¡Habanos!

Don Tiburcio. Por obsequiarte a tí los traigo. Yo voy a quitarme el vicio de fumar un día de estos. La nicotina estraga y quita el apetito. En fin, porque no lo tomes a desaire, voy a encender otro... (Lo enciende).

Pepe. (¡Qué despilfarro más estúpido!).

CIRILA, por el foro. Con una caja que contiene un sombrero de señora

Cirila. Este bulto que trae una modista.

Pepe. Se ha debido equivocar.

Don Tiburcio. No. No se ha equivocado. Es un sombrero para mi mujer.

Pepe. ¡Un sombrero!... ¡Se ha vuelto loca!...

Don Tiburcio. Pedían por él catorce duros. Pero se lo han dejado en dos por ser hija del eminente cirujano a la par que...

Pepe. Pues no me agrada la noticia.

Don Tiburcio. (Saca el sombrero de la caja). Mira qué bonito. A la mano, tiene poca vista. Pero puesto, es de un efecto sorprendente. Fíjate. (Se lo pone).

Pepe. No estoy para bromas, don Tiburcio. (¿Seré yo el que está loco?).

PAQUITA, por el foro. Le acompaña un MOZO con un cesto de gran tamaño,

Paquita. (Al Mozo). Haga el favor de colocarlo en la camilla. (Obedece el Mozo). ¡Pepe de mi alma!... Felicítame. He hecho la gran compra.

Pepe. ¡También tú!

Paquita. Ya verás qué gangas. (Al Mozo). Ahí va una pesetilla para usted. (Se la dá). Al sereno lo he encontrado en la escalera y le he dado un pesetón. (A Pepe). ¡Quién me dice que no te mueres de repente a mitad de noche y hay que correr a la botica!...

Pepe. (Dejándose caer en una silla). ¡Ojalá fuese ahora!...

Mozo. Muchísimas gracias, señorita. Si algo más le ocurre...

Paquita. Vuélvase luego, por si acaso.

Pepe. (Apuntando). «Una *broving*, cuarenta y dos pesetas». (Se va el Mozo).

Paquita. (A Pepe). Acércate y verás... No hay nada supérfluo. Todo lo que traigo es útil y económico. Mira. Un soplillo. (Lo saca).

Pepe. Si no fuera más que eso...

Paquita. ¡Qué escándalo, chico!... Los que se vendían antes a diez céntimos, se venden hoy a dos pesetas... (Sacando un frasco de tinta). Esto es para tí. Tinta de la mejor.

Pepe. (Reaccionando un poco). ¡Me has adivinado el pensamiento!...

Paquita. He comprado diez frascos para que no te falte hasta que te jubilen.

Pepe. ¡Atiza!... Pero ¿es qué piensas que quiero darme un baño?

Don Tiburcio. (Sentado, leyendo). «Choque de tre-

nes. Doscientos muertos. Dol mil heridos graves». ¡Esto es un periódico!...

Paquita. (Continúa sacando cosas de la cesta). Un palillero. ¿Qué monada, verdad? (Señalando un paquete enorme). Este paquete es de palillos... Como en Pascuas se come un poco más, los he traído en abundancia. Es fácil que tengamos convidados.

Pepe. ¡Basta, Paquita!... ¡Basta!... (A mí me va a dar algo...).

Paquita. Horquillas..... Ballenas..... Betún, diez y ocho cajas..... Perfume de heliotropo.....

Don Tiburcio. (Leyendo). «Batallá conyugal. Por cuestión de intereses han reñido dos recién casados en la calle del Mico...»

Paquita. Pastillas de goma... Cañamones para un canario que traerán después...

Pepe. ¡Basta, digo!... ¿Te has propuesto matarme?

Paquita. ¡Cómo!... ¡No te alegras Pepín!...

Pepe. ¡Me has arruinado! ¡me has perdido!...

Paquita. ¡Yo!... ¡Perderte yo, que te adoro más que nunca!

Pepe. Dame las sobras de la paga. ¡Pronto!... Dame ese dinero si no quieres que ocurra un cataclismo.

Don Tiburcio. Pero ¿reñís de veras?

Paquita. Suelta... Me haces daño, Pepito...

Pepe. ¿Dónde están los billetes que te dí a guardar?

Paquita. Yo he gastado uno. ¡Uno nada más! Y ya ves que no ha sido en tonterías...

Pepe. ¿Y los otros? Responde.

Paquita. Papá se llevó uno...

Pepe. (A don Tiburcio). ¡Usted!

Don Tiburcio. Dorotea lo guarda. Tranquilízate.

Paquita. Y el otro se lo he dado a Gilito...

Pepe. ¡A Gilito!

Paquita. Para que lo cambie.

Pepe. Eres una estúpida... (Desesperado, se sienta, huyendo de ella).

Don Tiburcio. ¡Poco a poco!... Gilito es un muchacho muy decente. En sus manos, está el dinero más seguro que en el Monte Pío.

Pepe. ¡Y en el «monte» lo habrá dejado todo, como si lo viese!

Paquita. (Viendo a Gilito, que entra por el foro). Ahí le tienes.

Pepe. ¡Ah!...

Paquita. (Llorando, aparte). (¡Me ha llamado estúpida!... ¡no me quiere!... ¡qué desgraciada soy!).

GILITO, por el foro.

Pepe. (A Gilito). Gracias a Dios que has vuelto.

Gilito. ¿Qué te ocurre?

Pepe. Venga el billete que te ha dado tu hermana.

Gilito. (Queriendo cambiar la conversación). ¿A que no sabéis a quien han ascendido a comandante?

Pepe. ¡Al Nuncio!... No estamos para bromas. El billete...

Paquita. Dáselo, Gilito... Dáselo para que sepa con quién trata.

Gilito. Pues... el billete... te diré. No lo he cambiado todavía.

Pepe. ¡Gracias, Dios mío!...

Don Tiburcio. (A Pepe). ¿Te convences? ¡Es un santo!...

Gilito. Me querían dar los cambios en monedas de a céntimo... Y ¡claro!... no acepté...

Pepe. Eso te salva. Dámelo...

Gilito. En este bolsillo lo metí... (Hace como que lo busca). ¡Ah!... ¡Cielos!... ¡No puede ser!... ¡Imposible!...

Paquita. Búscaló bien...

Gilito. ¡Me han robado!...

Todos. ¿Eh?

Gilito. Sí... ¡Me lo han robado!... (Hace como que llora).

Pepe. Mientes.

Gilito. ¡Sin duda me lo sustrajo un pordiosero que me ha salido al paso!...

Pepe. Lo que te ha salido es el «doce encarnado» en vez del «quince negro».

Gilito. ¡Pepe!...

Pepe. Eres un ladrón.

Don Tiburcio. ¡Arrea!...

Gilito. ¡Ladrón!... ¡Yo!... No te doy una tarjeta, porque no la llevo. Pero ya sabes mi casa... ¡Nos veremos!...

Pepe. (Llorando). No... ¡No nos veremos, porque voy a separarme de vosotros para siempre!... ¡qué desesperación!... ¡qué rabia!...

Paquita. (De rodillas, cogiéndole las manos). Perdóname, Pepito...

Don Tiburcio. Mañana va a ocuparse de nosotros el «Grito del Contribuyente».

DOÑA DOROTEA. Por el foro. Cargada de paquetes y con un loro en una jaula.

Doña Dorotea. No puedo más. Me mata esta escalera...

Pepe. (Se levanta al oírlo y finge tranquilidad). Señora...

Doña Dorotea. Tendremos que cambiar de domicilio...

Pepe. Tiene usted razón. Desde mañana, nos iremos a vivir al Manicomio.

Doña Dorotea. Acércate, Tiburcio... Acércate, yerno. Veréis, cómo a pesar de los años y de las privaciones, conserva su buen gusto la hija...

Don Tiburcio. Etcétera.

Doña Dorotea. ¿Qué os parece esta mantilla? (Paquita y Pepe, discuten aparte)

Pepe. Digna de una reina.

Doña Dorotea. Pues ya veréis qué enaguas... Y qué medias... y qué cubrecorsé...

Don Tiburcio. (La verdad es que se ha excedido un poco).

Doña Dorotea. A Gilito le traigo una escopeta de salón. Todo, regalado...

Pepe. Regalado, por mí... ¡naturalmente!

Doña Dorotea. (Acercándose a la jaula del loro). ¿Y esta sorpresa? ¿qué me decís de esta sorpresa?... Un loro, es el complemento de toda familia bien organizada...

Pepe. (A D. Tiburcio). (Don Tiburcio, sujéteme o la mato).

Doña Dorotea. Habla mejor que un concejal... Veréis. (Al loro). Lorito... ¿no me dices nada?... Dime algo, cielín... (El loro, grita lo siguiente: ¡BRUJA! ¡DE-
RROCHADORA! ¡SINVERGÜENZA!)

Don Tiburcio. ¡Tableau!...

Doña Dorotea. ¡Qué dice este avechucho!...

Pepe. La verdad, señora... Lo que yo tenía en la punta de la lengua y la buena educación me impedía decir...

Doña Dorotea. ¿Oyes esto, Tiburcio?

Don Tiburcio. No oigo nada. Si lo oyera, no lo toleraría.

Doña Dorotea. (A Gilito). Defiéndeme, Gilito.

Gilito. ¡Defiéndame usted a mí, mamá!...

CIRILA, por el foro. Con una de esas sillas para niño que tienen un agujero en el asiento.

Cirila. Con permiso de los señores. (A Pepe, dándole la silla). Esto, que traen pa usted.

Pepe. ¡Para mí!

Paquita. (Con alegría, recobrando la perdida calma). ¡Ah!

Pepe. ¡Una silla de niño!...

Paquita. Sí. Una sillita... para un niño.

Pepe. ¿Quién ha encargado esto?

Paquita. ¡Yo!... ¡Otra tontería!... ¡Yo no hago nada más que tonterías!...

Pepe. ¡Tú!... Es posible que tú...

Paquita. Ya hemos convenido en que estoy loca... ¡No reflexiono!... ¡no sé lo que hago!... (Con rubor).

Pepe. (Acercándose a ella con amor). Paquita... ¡mírame cara a cara!... ¡mírame!...

Paquita. ¡Me dá mucha vergüenza!

Pepe. ¡Oh, qué felicidad!... ¡Y lo callabas!... Abrázame, Paquita...

Paquita. ¿Me perdonas?

Pepe. Y a mamá... Y a Gilito... ¡A todos!... ¡Vayan benditos de Dios esos dineros que la falta de costumbre os hizo malgastar!... ¡Necio de mí!... ¡preocuparme por tan poca cosa! ¿Qué son unas pesetas más o menos al lado de la alegría que hoy me das?

Don Tiburcio. (Leyendo). «La paga de alivio concedida por el Gobierno a sus empleados, ha llevado la dicha a muchísimos hogares. No estará de más que, el Gobierno, repita la suerte todas las semanas.»

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Los tenderos, zarzuela en un acto. Música de los maestros Rubio y Estellés.

La pesca del atún, juguete en un acto y en verso.

El primer aniversario, diálogo en verso, en colaboración con D. Francisco Aguado.

Los tres Ramones, apropósito en un acto y en verso.

Velando al enfermo, sainete en un acto y en prosa.

¡A morir los caballeros!..., juguete cómico en un acto y en verso.

Diez minutos de descanso, diálogo baturro, en verso (2.^a edición).

Libre elección, comedia en tres actos y en prosa.

La tronada, comedia en un acto y en prosa.

Una hora fatal, pasillo cómico en un acto y en prosa (4.^a edición).

¡Angelitos al cielo!, zarzuela en un acto, con música de Chapí

Pelavivos, entremés en prosa.

De Utebo a Zaragoza, entremés en verso.

Un desahogado, entremés.

Casado y con novia, juguete cómico en un acto.

¡Cómo cambian los tiempos!, recorrido histórico-bufo-local en un prólogo y cuatro cuadros y un apoteosis final, en prosa y en verso, en colaboración con los Sres. Tomás Aznar, Mariano Berdejo, Juan José Lorente, Gregorio García-Arista, Francisco Goyena, Rogelio Maestre, Atanasio Melantuche, Jorge Roqués, Eduardo Ruiz de Velasco y Ambrosio Ruste, música de los maestros Tomás Barrera y Jesús Ventura.

Romance de ciego, escena callejera en verso.

Entre chumberas, zarzuela en un acto y tres cuadros, en colaboración con Juan José Lorente y Tomás Aznar, música del maestro Penella.

El derecho del más fuerte, drama en un acto, en colaboración con D. Rafael Pamplona.

Dance del día, apropósito en un acto y en verso.

Camino adelante, cuadro dramático en un acto y en prosa.

El Gay Saber, sainete en un acto, en colaboración con D. Pablo Parellada.

Recepción académica, monólogo, en colaboración con D. Pablo Parellada.

Cambio de tren, monólogo, en colaboración con D. Pablo Parellada.

La justicia de Almudévar, sainete en un acto y en prosa, en colaboración con D. Pablo Parellada.

- La Cencerrada*, comedia en un acto y en prosa.
Los chicos de los pobres, pasillo cómico en un acto y en prosa.
Con licencia del ordinario, cuento en acción en un acto y en prosa.
Zaragozita, revista local, en colaboración con D. Juan José Lorente, música de los maestros Tremps y Aula.
No hay hombre feo, entremés en prosa.
Paella Zaragozana, juguete cómico en un acto y en prosa, en colaboración con D. Juan José Lorente.

OBRAS NO DRAMATICAS

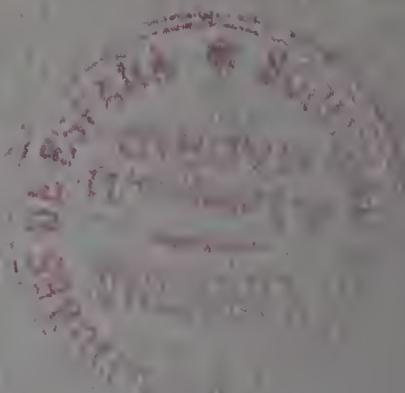
- Frustrerías*, versos con un prólogo de D. Darío Pérez.
Cuentos baturros, en verso.
Cantares baturros (3.^a edición).
Cuentos baturros (2.^a edición aumentada).
Una boda entre baturros, novela festiva, en verso.
Baturradas (Cuentos).
Más baturradas (Cuentos).
Epistolario baturro.
Nuevo libro de los enxemplos.
Versos de muchos colores.
Jotas (Cantares baturros. En colaboración con D. Sixto Celorrio).
Mostilladas (Cuentos baturros).
Nuevas baturradas (Cuentos).
De Utebo a Zaragoza (Cuentos).

FOLLETOS

- Los artistas valencianos en la Exposición* (Sátira en verso).
El Alparcero (Almanaque).
Revista anticipada.
Aprobados y suspensos.
Don Cacique.
Zaragoza, puerto de mar.

TRADUCCION

- Zaragozanem Schnurren*. Cuentos baturros adaptados al alemán por don Juan Fastenrath.
-



PRECIO: UNA PESETA

ESTADOS UNIDOS
MEXICO